

Nº 1

Despacho de Pedro Normande al Conde de Floridablanca. 1787, agosto, 29. San Petersburgo.

Exmo. Sr.

Sr.: Escribí a D. Pedro Macanaz, con fecha de 28 de marzo, en respuesta a su pregunta sobre lo que debía hacer acerca de Don Francisco de Miranda las palabras siguientes: “nada conviene hacer ahí en cuanto a Miranda, si no es lo que ha escrito Campo, esto es, observar, callar, y dar cuenta. Escribiré a la Corte que se lo prevengo a Vmd. Para lo que observe”. ...

Macanaz, sin embargo, padeció la equivocación de creer que la aprobación recaía en hacer los recursos a este Ministerio, que yo me tomé la libertad de desaconsejar, exponiendo el riesgo que había en ellos; pero por el estado en que estaban las cosas entonces, esta equivocación no ha teniendo inconvenientes, a mi parecer, para el real servicio.

Ya escribí a V.E. desde Varsovia que, sin embargo del embarazo que se notaba a Miranda cuando se hablaba de su posición en España y de qué cuerpo era el uniforme que llevaba, se le hacían las mayores distinciones. Ahora se sabe que se había descubierto al Príncipe de Potemkin, pero sin duda de modo a interesarle en su suerte, lo que había conseguido, y su protección le granjeaba la de Emperatriz, la del favorito Sr. De Momanov y la de toda la Corte, no atreviéndose nadie a proceder con él según su convicción, sí sólo según el semblante de la Soberana y el de dichos dos señores.

El modo en que Miranda ha pintado su suerte, según ha dicho el Sr. Conde de Bezborodko al Embajador del Emperador y éste a sus compañeros, ha sido que se hallaba comprometido en un proceso criminal, en cuya causa era inocente, pero que su desgracia quería que estuviese también perseguido por el Santo Oficio de la Inquisición, por cuyo último motivo no podía volver a España para hacerse juzgar, yendo sin embargo ahora a Inglaterra para pedir al Sr. Marqués de Campo un salvoconducto al fin de lavarse de su culpa en cuanto a lo primero, siendo lo único que le pesaba al parecer.

Como en el modo de pensar más general en esta Corte, los delincuentes cuya causa compete a la jurisdicción del Santo Oficio mueven regularmente a compasión; y que, por otra parte, esta Soberana se complace en dar asilo a todos los desgraciados, principalmente aquellos que lo pueden ser por sus deslices en cuanto a la religión, con tal que no sean vasallos suyos y de esta grey, Miranda, declarando estar en tales circunstancias, vino fácilmente en obtener su real apoyo. Tuvo modo, sobre todo con su elocuencia y su talento, al lisonjear a Potemkin, criticando con la mayor mordacidad los gobiernos de otros países y alabando el de éste, bien que no dejó de tachar, también sin reserva, varias cosas de aquí: pero esto se tomó por una prueba

de sinceridad y de candor suyo, que persuadía el exceso del mal que ponderaba de otras partes.

Se separó de la Emperatriz de Kíev para ir a Moscú y venir a esta ciudad en donde dice que le mandó la Emperatriz que la aguardase. Potemkin y el favorito Momanov le recomendaron a las personas principales de esta Corte: el Embajador del Emperador lo recomendó al Ministro Toscana, el Ministro de Francia al de Nápoles, no sabiendo quien era, según dicen, y siendo instados para ello, según me han dicho ambos, por Potemkin y Momanov.

El Ministro de Francia decía al de S.M siciliana que Miranda era hombre de mucho talento e instrucción y de un trato muy amable, viajando como filósofo y habiendo sido bien recibido de la Emperatriz, de Potemkin y Momanov, que le pedía le sirviese como si fuese individuo de su nación, presentándole en todas las casas principales de la Corte. Con esto, el Duque de Serracapriola recibió bien a Miranda, pero le dijo que él no le podía presentar, siendo español y la Corte de España teniendo aquí un Encargado de Negocios, a lo que se siguió el preguntale por que no se dirigía a Macanaz. Respondió Miranda que él había cumplido pasando por casa de Macanaz, a su llegada, y que después de haberle vuelto esta la visita, no había parecido más, dando a entender que la obligación de Macanaz era de irse a ofrecer sus órdenes. A lo que le replicó el Duque que era él quien debía buscar al Encargado de Negocios del Rey, su Amo, no conviniendo que otro alguno le presentase. Dijo entonces que habiendo llevado una carta de V.E. al Sr. Boulogny, no había quedado nada satisfecho de su trato, por lo que no quería dirigirse más a los Ministros de España, añadiendo que no tenía nada que hacer con ellos, pues aunque había estado al servicio de S.M.C. ya estaba enteramente fuera de él. Esta explicación dió sospechas al Duque, quien le trató después con preocupación, sin rehusarse enteramente a procurarle algunos conocimientos en la sociedad.

Miranda desvanecido con las distinciones y protecciones que se había granjeado en Kíev, empezó a hablar con la locuacidad que le es propia y con el mayo desenfreno sobre cuanto se le ofrecía, criticando principalmente las cosas de España. Su tono arrogante hizo decir al Vicecanciller, la primera vez que lo vió, que le había parecido ver en él un hijo de Moctezuma.

Se jactó de haber manifestado a la emperatriz y al príncipe de Potemkin todo lo que había visto de malo en Crimea. Tuvo una discusión muy fuerte, en casa del Sr. Conde de Ostermann, con el Sr. Márkov, porque dijo Miranda que la Emperatriz no hubiera debido conceder el título de Kremenskoy al Príncipe de Potemkin, habiéndolo ya concedido antes al Príncipe de Dolgoruki. Se picó mucho Márkov de los términos en que defendió este dictamen, y mucho más sabiendo luego que se burlaba de él en toda la ciudad, poniéndole el nombre del Oráculo de Rusia.

Como estaba recomendado directamente al Vicecanciller, éste le procuró la presentación de los Sres. Grandes Duques. Mereció desde luego a SS.AA.II. bastante aplauso por la instrucción que encontraron en él; pero habiendo tenido el atrevimiento de deslizarse a presencia suya hablando con poco respeto de cosas de

España, que SS.AA.II. veneran y aman y que no menciono por suponer que el Rey y V.E. lo querrán ignorar, desde entonces se formaron de este sujeto el concepto que se merece y él no tardó en confirmarlo explicándose también con falta de reverencia hacia SS.AA.II. Dijo al Sr. Nicolai, Secretario del Sr. Gran Duque, que S.A. le había ofrecido una carta para que le mostrasen su casa de campo en Gatchina, y que se la diese. El Secretario dejó que tomaría las órdenes de su Amo. Después de haberlo hecho, le respondió que el Gran Duque no le había ofrecido carta alguna, pero que podía ir a dicha casa si quería y que la podría ver sin recomendación especial. Replicó Miranda que no se tomaría esa molestia para ir a ver unos mamarrachos de cuadros mal pintados por la Gran Duquesa; y para que V.E. pueda graduar la fuerza de esta expresión, debo decirle que esta señora se recrea en la arte de la pintura con bastante acierto, al parecer de todos, y aunque S.A. no parece seguramente creer que tiene este acierto, Miranda es el primero que haya hecho llegar a sus oídos una crítica de sus obras, si no es para alabarlas, sin embargo de esto Miranda luego fue a Gatchina.

Puede considerar V.E. en qué términos habrá hablado de todo lo que es España, estando zaherido contra su patria, según parece, y a mil legua de ella, cuando se atreve a explicarse así en una Corte en donde se le colma de agasajos y de honras; y lo que habrá dicho en Kíev, en donde no fue reprimida su lengua como en casa de los Grande Duques, pues antes bien parece que se oyó con mucha complacencia, en términos que el Embajador del Emperador y el Ministro de Francia, que lo oyeron, a veces, han dicho a su vuelta aquí a varias personas que se habían hallado en el mayor embarazo. No dejó tampoco de tener aquí la misma aceptación entre lo más, sin embargo de que por los individuos de la colonia inglesa se sabía bastante generalmente que era un delincuente fugitivo, y aun se mencionaba la clase de su delito. Se conocía que viajaba en la inteligencia de que se deseaba hacerle arrestar. A mí me lo dijeron positivamente en Dresde; y en Cracovia me lo habían dicho también un caballero inglés, nombrado Cadogan, que habían girado con él en Palestina y en varias provincias de Turquía, separándose de su compañía así que lo pudo hacer, después que lo hubo notado su infeliz existencia....

Impelido Macanaz con todos estos motivos, se determinó a atacar a Miranda en cuanto a su informe, habiéndole parecido éste el mejor medio para desacreditarle, a cuyo efecto le pareció conveniente escribirle un papel, lo que hizo en los términos de la copia adjunta. ...

Recibió la respuesta, de que también incluyo a V.E. la adjunta copia. Ofendido de ésta, se fue con ambos papeles a casa del Vicecanciller y le pidió que le procurase una reparación de los términos de la respuesta y que se prohibiese al mismo tiempo a Miranda de llevar el uniforme de que usaba, que era el de Coronel agregado a una plaza, fundado en que, por dicho del mismo y por constarle a Macanaz, ya no estaba más en nuestro servicio.

El Vicecanciller se manifestó dispuesto a conceder una y otra demanda, tomó la copia de los dos papeles diciendo que como la Emperatriz estaba al llegar, la informaría y que tomaría las órdenes de S.M.I.

Macanaz, encontrando al Vicecanciller en disposiciones favorables y viendo a Miranda bastante desconceptuado con este paso, se alentó a añadir al Conde de Ostermann que aquel hombre era reo de Estado y que no dudaba sería muy grato al Rey si esta Soberana le hiciese arrestar y le entregase. Prometió el Vicecanciller de tantear las disposiciones de la Emperatriz también sobre este punto, recibiendo confidencialmente la insinuación en el particular, pero haciendo el reparo de que no había cartel entre nuestra Corte y ésta.

En el intervalo que hubo entre esto y la llegada de la Emperatriz, vino la orden a Don Tomás de Gayangos de no hacer el viaje Jersón y volverse a España, cuya resolución indispuso sumamente a dicho Ministro, pues aunque tan justa y tan natural, a vista de cuanto había precedido, no puedo menos de causar sentimiento en el altivo modo de pensar aquí, por lo que dijo el Vicecanciller al ministro de Francia, algunos días después, que Macanaz, en solo cuatro meses que había tenido negocios entre manos, lo había dirigido de modo a poner desabrimiento entre las dos Cortes. Y no dudo en que esto habrá influido considerablemente en el rumbo que ha tomado después el negocio de Miranda, del cual el Vicecanciller quiso echarse fuera, encargando al Conde de Segur, Ministro de Francia, de mediar entre Macanaz y Miranda, lo que le ofreció Segur, ignorando la naturaleza del negocio. Habiéndose enterado a fondo [por] Macanaz, declaró Segur inmediatamente al Vicecanciller que no solo podía mediar en este asunto, sino que apoyaba la demanda del Encargado de Negocios del Rey N.S., lo que hizo igualmente el Ministro de S.M. Siciliana, añadiendo, así al Vicecanciller como al Sr. Conde de Bezborodko, que sentirían encontrarse en adelante con Miranda hasta que la satisfacción se hubiese conseguido; y ambos Ministros imperiales ofrecieron de no convidarle cuando a ellos, lo que han ejecutado, y lo mismo el Embajador del Emperador y demás Ministros extranjeros a quienes hicieron dichos dos ministros de la Casa de Borbón la misma última insinuación.

Así que supo Miranda que la Emperatriz había llegado a Zarkoeselo se manejó con sus amigos al lado de S.M.I. para verla, desde luego, lo que logró ocho días antes que ningún Embajador ni Ministro extranjero; y se dice que le entregó un memorial pidiéndole la continuación de su patrocinio, en el lance que le pasaba con Macanaz, alegando que el verdadero motivo de perseguírsele era el de las faltas que podía haber cometido relativas al conocimiento del Santo Oficio.

Macanaz, así que supo que Miranda debía ir al sitio, instó al Vicecanciller para que diese cuenta de su solicitud. Dicho Ministro dijo que lo haría y se fue también al sitio, pero encontró a Miranda con S.M.I. Le vio muy favorecido en la Corte, como que comió aquel día con esta Soberana, y se supone que el Vicecanciller, en tales circunstancias, no se atrevió a hablar en dicho particular, pues tres o cuatro días después habiéndole preguntado Macanaz cuáles eran las resultas, solo le respondió:

“¿Qué quiere Vmd. Hacer? Miranda es un español”, y huyó de él sin darle lugar a contestarle. ...

En estas diligencias, dudas y variaciones se han pasado tres semanas, Macanaz habiendo moderado su marcha al paso de su protector, el Ministro de Francia, quien tomó el asunto como empeño al principio y fue luego enfriándose sobre él, temiendo, según se cree, de indisponerse con el favorito.

Miranda en todo este tiempo dejó de ponerse el uniforme, excepto una vez que fue con él a Tzarkoye Seló; y el público, infiriendo de ello que no tenía derecho para llevarlo, viendo también echado de casa de los Ministros extranjeros, manifestó el mayor desprecio de él.

En este estado encontré yo el negocio cuando llegue aquí.

Sabiendo que el Vicecanciller se iba al campo, sólo solicité verlo, por atención, antes que marcharse. Comí con él al otro día de mí llegada, sin hablar de negocios.

Escribí luego un papel al Sr. Conde de Bezborodko, para verle y pedirle que me presentase a la Emperatriz, como es estilo aquí, al volver de una ausencia; pero Bezborodko estaba en Pela, con la Emperatriz, y sólo llegó con S.M.I. el 16, por la noche. Me hizo decir que podía ir al otro día a la Corte, en donde me vería y me presentaría a su Ama.

Habiendo ido de consiguiente a la Corte el 17, que era fiesta de Regimiento de Guardias de Preobrazhenki casi lo primero que vi en la sala de Palacio, entre mucha gente que había, fue un hombre con uniforme azul y vuelta encarnada a los tres galones del distintivo de Coronel que se llevan en España. Macanaz, que estaba conmigo, me dijo que el que lo llevaba era Miranda. La emperatriz vino poco después, precedida del Conde de Bezborodko y los demás de su Corte. Bezborodko me vino al encuentro y como allí no le podía hablar de otra cosa más que de mi presentación le pedí hora para verle en su casa, la que me señaló para el día siguiente. Durante nuestra conversación, Miranda se vino a poner casi sobre la espalada de Bezborodko, ocultado de mí por la corpulencia de dicho Ministro, escuchando, sin duda, lo que decíamos. El Ministro Siciliano, que lo advirtió, hizo un paso hacia nosotros, con lo que se retiró Miranda. Luego se acercó Bezborodko y le hablo. No sé lo que este dijo, pero de resultas Miranda desapareció; y la Emperatriz, habiéndose acercado, se verificó mi presentación, en la que S.M.I. se dignó tratarme aun con más distinción de lo que acostumbra. ...

Finalmente entrando en conversación con el Sr. Conde de Bezborodko, al día siguiente de mi presentación, lo hice de este modo:

“Sr. Conde: Pensando que no ocurrirían asuntos que tratar durante la ausencia de la Emperatriz, y juzgando por tanto mi presencia aquí indiferente durante aquel tiempo, pedí una licencia al Rey, para ir a tomar aguas y ver algunas Cortes inmediatas en las que no había estado y habiéndose dignado S.M. concedérmela, he usado de ella, como sabe V.E., dejando aquí a Don Pedro Macanaz, Encargado por lo que pudiese ocurrir. A pesar de lo fundada que parecía mi suposición, como la

hallaron V.E. y el Sr. Vicecanciller cuando les hablé de ella, lo que hice a V.E. al solicitar dicha licencia y al Sr. Conde de Ostermann, cuando la tuve, han ocurrido dos negocios, los cuales veo con sentimiento que han dado lugar a alguna discusión. No tengo nada que decir ahora en cuanto al primero, que es relativo al viaje de Don Antonio Colombí y de Don Tomás de Gayangos; pero en cuanto al segundo, no puedo menos decirle que me he sorprendido fuertemente el ver que ninguna reparación se ha hecho dar a Macanaz en asunto a su queja contra Miranda y que éste se ha dejado ver en la Corte con el uniforme, justamente el día que yo he tenido la honra de ser presentado a S.M.I.”. Manifesté cuán poco correspondiente era este proceder a la amistad de las dos Cortes y a la atención que siempre experimentaban en España los empleados por la de Rusia; que insistía en la misma demanda que había hecho Macanaz, dándole a conocer el bochorno que me debía haber causado el encontrarme en Palacio con un hombre que había faltado al respeto que debía al Encargado de Negocios del Rey, mi Amo, y que continuaba en llevar el uniforme, a pesar del recurso hecho por dicho Encargado para que lo dejase.

Bezborodko no acostumbra a hacer objeciones cuando se le habla, sino es remitirse siempre a lo que le mande responder la Emperatriz. Sin embargo a más de lo que digo a V.E., en otro despacho, procuró disculpar la morosidad que se ha puesto en este negocio con la incertidumbre de los pasos dados en él, habiendo ofrecido el Ministro de Francia de componerlo, luego apartándose de ellos, en cierto modo; Miranda también, habiendo dejado el uniforme, y luego vuéltolo a tomar inesperadamente; que también había dicho Miranda que se marchaba y que él estaba en lo que haría de ahí en tres o cuatro días.

Dije entonces a dicho Ministro que yo no tomaba interés alguno en que Miranda se fuese o se quedase, que ya sabían aquí lo que pudieran hacer si quisiesen dar una prueba de amistad a nuestra Corte, pero que lo que pedía era que se diese a Macanaz la satisfacción que había solicitado. A lo que me dijo que lo haría presente a S.M.I., pensando que me podría responder de ahí a dos días.

El día siguiente de haber tenido yo esta explicación con el Sr. Conde de Bezborodko, fue un domingo, día en que solemos ir todos los Ministros extranjeros a Palacio, a besar la mano de la Emperatriz, cuando sale de la Capilla. En la sala en donde la esperamos, parece que se dejó ver Miranda, con un vestido de los mismos colores que el uniforme que llevaba, pero sin los tres galones. Inmediatamente vino un criado de Palacio a hablarle al oído y se fue con él. Esto pasó antes que yo hubiese llegado, y algunos creyeron que se había hecho salir, en vista de la insinuación que hice la víspera; pero por la noche se dijo que S.M.I. le hizo comer consigo, en su mesa privada, y que luego se había despedido de S.M.I. Fue dos días después a Pavlovsk, a despedirse también de los Sres. Grandes Duques y dijo a SS.AA. que iba a Inglaterra.

Habiendo llegado el día indicado por el Dr. Conde de Bezborodko para darme la respuesta, no le pude ver, aunque le busqué en su casa; pero al día siguiente, habiendo comido con él en casa del Embajador de Viena, me dijo que me haría

llamar tal vez al día siguiente, para responderme, pero no se verificó aquel día, ni aun se ha verificado.

En este intervalo, ha vuelto el Vicecanciller. Así que lo supe, le pedí hora para hablarle. Le expresé el recurso que había hecho durante su ausencia al Sr. Conde de Bezborodko, y me dijo que se informaría de este compañero suyo y que vería lo que podía hacer, que me vería al día siguiente en Palacio.

Habiendo sucedido así, el Vicecanciller me dijo que se había abocado con Bezborodko, quien le había dicho que Miranda se había marchado. Respondí que esto no era la reparación pedida. Me replicó: “¿Qué quiere Vmd. Hacer, si el hombre se ha ido?”. Como me parecía excusado entrar en más explicaciones sobre este negocio, después de lo mucho que he hablado con dichos Ministros, al tenor de lo que dejo expresado a V.E. en este despacho, quise concluir de una vez, respondiendo finalmente que daría cuenta a mi Corte; pero Ostermann me atajó entonces diciendo que esto todavía no era la respuesta ministerial que me debía dar, a lo que sólo contesté con decir que la esperaba. Supe al instante después que Miranda no había marchado, y aún en el día sé que está aquí.

Se había dicho que Miranda entraría al servicio de Rusia. Luego que él lo había rehusado, después que iría a Estocolmo, Dinamarca e Inglaterra, con cartas de recomendación para los Ministros de esta Soberana; a lo que se añadió que llevaría pasaporte de correo ruso, pero en esto no sé nada de positivo. V.E. comprenderá muy bien que, en las circunstancias que le dejo referidas no me es posible seguir la marcha de Miranda con certeza. Creo siempre que irá a Inglaterra por mar.

En la conferencia de ayer este Ministro de Francia reconvino, según me ha dicho, al Conde de Ostermann por no haber visto verificar lo que le prometió, que fue que Macanaz tendría alguna reparación. Respondió Ostermann que Bezborodko le había dicho que Miranda había marchado, que él lo había expresado, pensando por tanto que el negocio estaba concluido; que no podía decir otra cosa porque la Emperatriz no se había explicado aún.

Si se me dijese algo ulteriormente lo trasladaré a V.E. por el ordinario, asegurándome que se ha mandado a Miranda de no dejarse ver en ninguna parte en donde concurran los individuos del Cuerpo Diplomático y que se le insinúa de marchar, no concurriendo ya más a la Corte, pública ni privadamente. Puedo añadir a V.E. que público no hace de este sujeto más aprecio del que se merece; que todos se admiran del género de protección que se le dispensa, sólo en la Corte.

He sentido el haber encontrado este negocio emprendido de este modo, pero dados los pasos primeros por Macanaz, a impulsos de su celo, sostenidos éstos por los Ministros de Francia y de Nápoles, me ha parecido que no era decoroso de retroceder por mi parte, ni convenía de mudar la naturaleza de los cargos, pero que tampoco debía mezclar en ello nada de muy ministerial, como hubieran sido oficios por escrito, en todo lo cual espero merecer la aprobación del Rey.

Me ha parecido de bastante entidad esta extraordinaria ocurrencia para despachar a V.E. propio, y hace ya doce o trece días que expresé al Sr. Conde de

Bezborodko que me veía precisado a hacerlo así, esperando que, a lo menos, me pondría en estado de acabar esta relación desabrida con algo que la suavizase; pero nada han producido estas pruebas de moderación y de buenas intenciones de mi parte, porque el empeño parece que es extremo en favor de este hombre, únicamente, según creo, por no querer hacer nada que acredite que se han equivocado en el concepto que se habían formado de sus circunstancias, aunque en el día, todos, excepto tal vez S.M.I., bien lo saben.

Don Pedro Macanaz siente vivamente no haber logrado la reparación que pidió a este Ministerio, por los términos de la respuesta de Miranda. Siente también su equivocación sobre las órdenes. Espera en el patrocinio de V.E. y la piedad del Rey. V.E. comprenderá también que mi posición aquí es bien sensible, de resultas de este acontecimiento.

Reitero ...

San Petersburgo 29 de agosto de 1787.

Exmo. Sr. ...

Pedro Normande

Exmo. Sr. Conde de Floridablanca.

AGS, Estado, leg. 6.658, núm. 302. Original en español, con la antefirma y firma autógrafas. Se han omitido algunos párrafos que consideramos no esenciales.

La minuta se conserva en el AHN, Estado, leg.